

En el Día Misional

EL PONTÍFICE Pío XI, por tantos motivos genial, estableció como fecha de celebración universal el Día Misional a recordarse anualmente el penúltimo domingo del mes de octubre. Tal fecha será, por lo tanto, el día 19 del presente mes en todo el mundo católico. Desde la Roma de los Papas hasta el más apartado rincón donde se levanta un altar sobre el cual se recuerda el sacrificio del Calvario, se elevarán a Dios las plegarias y las peticiones, y se ofrecerán las penitencias y las limosnas en aras de ese grandioso ideal de la extensión y florecimiento de las misiones católicas que, en las alejadas y peligrosas regiones de la tierra aún no iluminadas por la Cruz y el Evangelio, siembran la semilla redentora de la palabra divina.

"Id, enseñad a todas las gentes y bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo;" fué el mandato supremo que diera a sus discípulos el mismo Cristo; y al conjuro de ese mandato, en cumplimiento de esa consigna que en todos los tiempos y bajo todas las condiciones, venciendo los más duros obstáculos y arrojando las más indecibles penurias que en tantas y en tan repetidas circunstancias reclamaron el sacrificio de la propia vida entregada por la gloria del martirio, es como hombres y mujeres, renunciando a todo, tomaron ellos también la Cruz de su Maestro y se lanzaron a la obra de enseñar a las gentes y bautizarlas, para hacerlas así hijas de Dios y herederas del cielo.

Nuestra misma Filipinas sabe también de la obra imposible de medir y apreciar en valores humanos que cumplieron esos misioneros que, con sus palabras, con sus ejemplos y con sus vidas, abrieron la brecha de la civilización, preparando los caminos de grandiosos presente y porvenir.

¿Como no debemos por lo tanto sentirnos inmensamente agradecidos a la obra de esos misioneros y cómo, también, respondiendo al llamado de la Iglesia, no adherir en la forma más decidida y completa a este Día Misional? Unamos nuestra plegaria a la que universalmente se elevará en ese día pidiendo por encima de todo, la divina protección sobre esa obra misional que tan dignamente res-

ponde y cumple el mandato del Redentor. Unamos también nuestra cooperación; nuestra ayuda material al enorme esfuerzo que significa internarse en la espesura de la selva, alrontando todos los riesgos y desafiando la hostilidad o penetrando en los más íntimos reductos del paganismo, para levantar allí la Cruz de Cristo en torno de la cual se reunirán los neólitos que por la labor incansable de los misioneros, serán los nuevos herederos del cielo y los ciudadanos hijos de la civilización cristiana.

Por sus alcances y finalidad; por la importancia y trascendencia de su ámbito y por la magnitud de los recursos que obliga poner en movimiento, esta obra de las Misiones reclama la preocupación y el interés particular de los fieles sin distinguo de ninguna clase. El

aporte de cada uno de ellos y según la medida de sus posibilidades, canalizado por la acción organizada y eficiente de los respectivos organismos será siempre útil a una obra como ésta que, lejos de haber perdido una partícula siquiera de actualidad a lo largo de los siglos, es hoy tan actual y tan necesaria como en el primer siglo de la Iglesia. Hoy acaso, más necesaria que nunca, pues no solamente se trata de encender en esas almas la luz del Evangelio, sino también arrancarlas a la posibilidad de conquista por el más declarado e implacable enemigo de Cristo que expande sus redes en aquellas mismas tierras para adelantarse al misionero de Cristo, tratando de cerrarle definitivamente el paso. Y a tono con esa responsabilidad, esté también la respuesta a darse en este Día Misional.

Invención Ridícula pero Trágica

Por J. ROBERTO BONAMINO

EN UN mensaje que el Padre Santo dirigió a los católicos del mundo, advirtió claramente que en muchos países, abrumados por la opresión más despiadada deben esparirse "nuevos ataques" contra la Iglesia de Cristo. La expatriación, la prisión, la dispersión, las trabas a la Divina Adoración, la persecución más implacable se ha desatado sobre los fieles "en esta época que consideramos civilizada." Estamos, ciertamente, como lo ha dicho el Papa, frente a "la barbarie más violenta que recuerda la historia." Tras la "cortina de hierro," se fabrican las causas más antojadizas e inverosímiles, pero las más crueles y perversas también, para llevar, bajo la apariencia de una legalidad que retuerce y violenta la realidad, al patíbulo o a la cárcel a quienes profesan libre y serenamente la doctrina imperecedera que esparce por el mundo la luz de la verdad eterna.

Los católicos de Europa central, en modo principal, han sido objeto

en los últimos años de las más encarnizadas y ensañadas agresividades. El Cominform quiere destruir esa fuerza moral profundamente enraizada en las poblaciones de esos países donde la fe ha levantado seculares monumentos a Dios. Templos que elevan al cielo sus cúpulas y campanarios en demanda de la protección divina, acogieron a lo largo de los siglos generaciones y generaciones de creyentes que sabían elevar sus preces al Divino Redentor, cuya presencia espiritual mantenía la cohesión de pueblos azotados por los huracanes de conflagraciones que determinaban frecuentes modificaciones en la estructuración de esos estados. Pasaban las violencias de las pasiones bélicas, se desmoronaban reinos y conglomerados, se modificaban las denominaciones geográficas, pero siempre se mantenía en pie, sin tambalear, resistiendo todos los embates, la Cruz redentora. En torno a ella se congregaban cons-

(Continúa en la pág. 40)